

LA LUZ DEL PORVENIR



PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA
ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS
LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre . . . 0'30 pesetas
Fuera 0'45 »
Número suelto 0'05 »

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 12

¡UNA MANO!

Entre mis muchos amigos espiritistas, figura en primera línea, un anciano, que en su larga permanencia en este mundo, (pues hace más de 80 años que está en la tierra) ha leído con aprovechamiento en las mejores bibliotecas, en los archivos de más nombradía y en el corazón de los muchos hombres que ha encontrado en su camino. De vez en cuando, viene á verme y en el tiempo que está á mi lado aprendo más, con su conversación, que leyendo un libro del más notable filósofo. Hace algunos días que vino á verme, después de haber estado ausente de España más de dos años. Al estrechar su mano tuve una verdadera satisfacción y más aún, cuando Agustín me dijo:

—Tengo mucho que contarte.

—¡Cuánto me alegro! y ¿sobre qué?

—Sobre nuestro tema predilecto, sobre el ayer y el presente, convenciéndome cada día más, de que los que nos creemos más sabios, somos los más ignorantes.

—Tienes razón; pero deja los preámbulos, que el tiempo es oro y hay que aprovecharlo.

—Indudablemente; así es, que daré comienzo por decirte que en Nueva Orleans, conocí á una familia española compuesta del matrimonio y siete hijos, personas muy distinguidas y muy versadas en espiritismo, en particular la señora, mujer de mediana edad, que debe haber sido muy hermosa, porque aún conserva vestigios de su escepcional hermosura: Es alta, esbelta, elegantísima, muy instruida; habla varios idiomas, está al corriente del

movimiento político de los países más adelantados y discute sobre la marcha social con verdadero conocimiento de causa.

En poco tiempo intiné mucho con Inés, y hablamos largamente sobre espiritismo; ella es médium vidente y cuando menos lo piensa, ve paisajes hermosísimos y soles esplendentes. Desde que la conocí, me llamó la atención el ver que la mano derecha la tenía siempre enguantada con su guante de seda gris perla ó violeta pálido, mejor dicho, color de lila. No cometí la imprudencia de preguntarle por qué llevaba la mano cubierta; pero ella, adivinando mi deseo y conociendo que me llamaba la atención su guante siempre puesto, me dijo un día:

—Entre mis muchas penalidades, figura el tener mi diestra enferma, hace muchos años; quizá más de veinte.

—¿Y qué teneis en ella?

—Una especie de erupción cutánea que se manifiesta por pequeños granitos, que si les da el aire, se llenan de pus inmediatamente y me producen dolores irresistibles; y si preservo la mano del aire, los granitos permanecen medio secos, sintiendo á veces un escozor y una picazón tan violenta, que necesito toda mi fuerza de voluntad para no destrozarme la mano frotándola con algo áspero y punzante.

—¿Y qué dicen los médicos?

—Que no saben lo que es, y lo raro es que el mal está localizado en la mano. Yo he preguntado á los espíritus la causa de este efecto; y ningún médium ha contestado á mi pregunta. A ver si usted que es tan versado y tan entendido en espiritismo, puede averiguar algo.—Yo la prometí hacer todo lo posible por complacerla y en un pequeño grupo de espiritistas formales, dedicados á profundos estudios y donde me consideraban mucho, expuse mi deseo, y un buen médium escribiente recibió la comunicación que voy á leer:

«Lo que voy á decirte, es para que te sirva de estudio, no para que satisfagas la natural curiosidad de esa mujer que tanto tiene que pagar. Es demasiado impresionable, es verdaderamente supersticiosa; cree en todos los fatalismos, hasta los más vulgares y sería envenenar su existencia haciéndole saber lo que debe ignorar, ya que hoy está dispuesta y decidida á borrar con sus virtudes, sus desenfrenos de ayer, mejor dicho, sus crímenes. Es un espíritu de profundos conocimientos científicos; para él han estado abiertos todos los templos del saber, es un verdadero sabio. Su adelanto intelectual es maravilloso, pero en cuanto á moralidad, ahora es cuando escribe las primeras letras de su alfabeto. Siempre ha figurado en primera línea entre los grandes hombres, siendo en una existencia una lumbrera de la iglesia romana, por su sabiduría y temible por su severidad para con sus subalternos, á los que trataba con la mayor crueldad. Un día, se le presentó un pobre cura y

le pidió permiso para dejar su iglesia por algunos días, porque su padre moribundo le pedía su bendición; el prelado se quedó indeciso, sin saber qué contestarle y al fin, le dijo con sequedad:—Id y volved pronto.—El cura se fué, recibió el último suspiro de su padre, se detuvo algunos días arreglando asuntos de familia y cuando volvió, se presentó inmediatamente al prelado, que le dijo violentamente:—Os he necesitado, os he llamado, y entonces, me he enterado de que estábais ausente.—¿Señor, dijo el cura temblando, Su Eminencia me dió el permiso correspondiente para ir á recibir el último suspiro de mi padre! —¿Mentís como un bellaco; enseñadme el permiso escrito!—Su Eminencia no me lo dió, pero su palabra valía para mí tanto como su firma y me fué á cumplir como buen cristiano.—El prelado se quedó mirándole y dijo entre sí:—¿Si dirá este hombre la verdad? En la duda, que sufra el castigo para no perder yo mi autoridad, para no declararme vencido ante un pignoco.—Y el pobre cura fué encerrado en un calabozo, y allí le martirizaron horriblemente, para que confesara su imaginario delito. El infeliz, vencido por el dolor, declaró todo cuanto le ordenaron sus verdugos; se acusó de haber abandonado su iglesia sin el permiso correspondiente y entonces, Su Eminencia le concedió la libertad para que se fuera á morir en su pueblo natal. El pobre cura vivió muchos años sin poder hacer uso de su mano derecha, completamente destrozada en el potro del tormento. El prelado de ayer es la dama de hoy, que tiene su mano derecha cubierta de una lepra incurable y desconocida para los terrenales.

Muchas sentencias de muerte firmó en su anterior existencia, pero lo que hoy paga es el martirio que hizo sufrir á un inocente por no declararse vencido. Muchas veces los hombres toman determinaciones violentas porque las circunstancias los obligan, por que hay que mantener el respeto á las leyes del Estado; pero el castigo innmercido que sufrió el pobre cura fué tan cruel, martirizar á un inocente por sostener una mentira, un grande de la tierra, que es muy justo que esa mano que escribió la orden de encarcelación y de tormento para un mártir de su amor filial, es muy justo, repito, que sufra una millonésima parte de los dolores que hizo padecer á un inocente. Pero á esa pobre mujer no le digáis el por qué de su sufrimiento; su desesperación sería horrible. Tiempo tendrá en el espacio de leer su historia pasada; si cada uno de vosotros supiera lo que ha sido, la tierra quedaría deshabitada, porque todos sus habitantes morirían de vergüenza y de dolor.»

—Hasta aquí la comunicación del espíritu, y ¿querrás creer que desde entonces me inspiró Inés casi repulsión? Salté de Nueva-Orleans y la prometí escribirla pero., no la he escrito.

--Mal hecho, Agustín, mal hecho; los enfermos con los que necesitan las medicinas y las atenciones del médico. Si ya Inés quie-

re ser buena, hay que ayudarle á subir la cuesta de su calvario. Escríbele sin demora y pónla en relación conmigo.

—Así lo haré, amiga mía, y entre los dos, á ver lo que conseguimos, porque ella dice: Yo conozco que debo haber sido un espíritu muy malo y por lo mismo, quiero hacer doble jornada en esta existencia para adelantar en mi regeneración.

--Pues teniendo tan buenos propósitos, ¿qué importa la noche del pasado, cuando nos espera el día de la eterna luz? ¡el día de la verdad! ¡el día de la redención!

Amalia Domingo Seler

¡ARRIBA LOS CORAZONES!

NO EXISTE LA MUERTE

¿Por qué lloras, humanidad?

¿Por qué ese semblante triste, al ir á visitar los cementerios en el día de hoy, para dedicar un recuerdo á los seres queridos desaparecidos sólo materialmente de tu lado?

¡Ah! si pudieras ver lo que efectivamente ocurre en el mundo invisible, á tu alrededor. ¿Cómo habías de llorar?

Aquellos pedazos de tu alma, no están en el cementerio, adonde vas á tributarles tus recuerdos. A tu lado están continuamente, para animarte, para darte fuerzas, para ayudarte, con sus amorosos efluvios, á aceptar, bendiciendo la Ley y el Legislador, la separación, sólo momentánea, á que te ves sujeta.

Observa atentamente la Creación; medita sobre lo que alcanza tu vista y profundiza tu razón. ¿No ves que todo cuánto contemplas en el infinito Universo rechaza en absoluto la idea de la muerte?

Dios es el Infatigable Obrero de la vida; todas las manifestaciones de su Obra Grandiosa respiran movimiento, actividad, fuerza, calor, luz, es decir: Vida.

¡No existe la muerte!

Has de volver á encontrar, al llegar al espacio, á todos los seres queridos de tu corazón que han marchado antes que tú á la vida de la verdad. ¿Por qué lloras, humanidad?

La duda, la terrible duda llena tu alma y no permite que penetren en ella los dulces y consoladores rayos de esa verdad sublime y admirable que el Espiritismo te presenta.

En el estudio, encontrarás el remedio para esa duda.

Fíjate bien en lo que hay en los cementerios: Cuerpos sometidos

á las eternas transformaciones de la materia. Organismos inservibles, vestidos usados, de los que el yo inmortal se ha separado ya por completo. Allí no está el sér querido que tu buscas; está siempre contigo alentándote en tus debilidades y tus flaquezas, descando hácerte saber que no te abandona ni un solo momento y que anhela el ansiado momento de vuestra reunión en la vida espiritual.

Te oigo contestar: ¿Cómo es que me afirmas que están siempre conmigo mis amados muertos, y no los veo?

¡Cuán débil es nuestra pobre razón!

¡Cuán atrasados vivimos los humanos!

Tampoco ves el aire que respiras, el gas que te alumbrá, el vapor que acaba de volatilizarse, y sin embargo, el aire existe, sin él no podrías vivir; existe el gas, puedes contemplar sus efectos por la noche, en cualquier población alumbrada con él; todo esto y la industria movida por el vapor te demuestran que estás rodeada de causas invisibles que no puedes negar, puesto que ves y sientes constantemente sus efectos. Pues bien, es idéntica la cuestión que promueve tu pregunta.

Viven á nuestro lado nuestros muertos; sus manifestaciones vienen á demostrarlo así. Pero, son invisibles á nuestros materiales ojos porque el cuerpo espiritual que los individualiza, haciendo de ellos séres tan concretos, tan definidos como el hombre, es etéreo, flúidico, imponderable, imperceptible para la vista humana.

No están encerrados en un lugar determinado, del que les es imposible salir, sino muy al contrario.

No existe el infierno, ni el cielo ni el purgatorio para ellos, como lo afirma el catolicismo. Las almas, desprendidas de su envoltura carnal, conservan su cariño y sus amores hácia los séres queridos que han dejado en este piélago de miserias que es la tierra, y atraídas por su mismo afecto, están continuamente á su lado.

Piensa y medita, humanidad; quita los ojos de esas tumbas hácia las que la ignorancia te encamina, pues así te cegará el polvo de la tierra. Levanta la frente, contempla el infinito que te rodea, fíjate en las maravillosas bellezas que el Autor de la vida ha sembrado allí profusamente y convencido ya de que efectivamente, no puede existir la muerte en medio de tanta vida, seca tus lágrimas, transforma tu dolor mirando las estrellas, y sentirás al entregarte á esa dulce contemplación, cómo se apoderan de tu corazón la tranquilidad, la calma y el consuelo, porque tus miradas materiales y las espirituales de tus queridos muertos se habrán cruzado. No existe la muerte; siguen continuando allá las almas su ciclo de vida eterna; pero en el espacio, en la vida de la verdad, sus aspiraciones son muy distintas de las que tuvieron en la tierra, sus deseos son otros. Así es que la mejor prueba de amor que les podrías dar sería el emplear en obras de caridad y en su nombre, lo que gastas

en cirios y coronas para conmemorar este día y dedicarle tus recuerdos. No es sombra, sino luz lo que sale de los sepulcros. Si la materia no muere y sólo se vé sometida á continuas transformaciones, ¿cómo ha de morir el *yo* inteligente, sentimental y libre que ha vivificado aquellos organismos materiales?

Imposible, dice la razón que medita.

¡Arriba pues, el corazón, humanidad!

El amor es ley de la creación; no olvides esto en tus momentos de abatimiento. Aquellos seres queridos que mientras estuvieron á tu lado te agasajaron y mimaron con su inmenso cariño, viven, siguen amándote, porque Dios que es Amor, no permite que desaparezca de la creación para siempre, es decir, para volver al no ser, ningún gérmen amoroso, como tampoco consiente su Infinita Misericordia la separación eterna de los seres que se han amado.

Esta afirmación que es exacta te demuestra que viven los muertos, que no están en un lugar determinado, separados de tí, sino que viven á tu lado, de tu propia vida, envolviéndote constantemente en la llama amorosa de sus cariñosos recuerdos.

¡Arriba, pues, el corazón! te repite el Espiritismo. ¡Viven los muertos! ¿Por qué tus lágrimas de desesperación? ¿Por qué ir á confundir tu llanto con el polvo terrestre de los cementerios, si allí no queda nada de lo que tú has amado?

En tu mismo hogar, evócalos en aquellos instantes de tu existencia en los que la tristeza y el desmayo tratan de dominar á tu pobre ser.

En las pruebas terribles de que está sembrada la vida para todos, acude á aquellos recuerdos, y sentirás cómo una tranquilidad grandiosa invade tu corazón y una fuerza misteriosa te ayudará á luchar, á batallar y á vencer. ¡Animo, Valor y Fé!

¡Alza los ojos, humanidad; levanta tu corazón, para entonar un cántico de alabanzas y de bendiciones al Creador, pues en su Obra grandiosa y admirable, todo es vida; no existe la muerte, todo es luz y no sombra; todo es amor fecundo que rechaza y destierra el odio!



DEL EGOISMO

Entre todos los defectos que afligen á la naturaleza humana, puede decirse que el egoísmo es la base y la raíz de los demás.

Indudablemente que hoy se hacen ya grandes esfuerzos para que la humanidad progrese; se alientan y estimulan los buenos sentimientos más que en ninguna época y sin embargo, en la actualidad, el gusano roedor del egoísmo continua siendo el verda-

dero cáncer social.

Es un mal efectivo que brota de todas partes y del que todos somos víctimas en grado más ó menos doloroso.

Precisa, pues, combatirlo como si se tratara de una enfermedad epidémica y para ello, es necesario proceder como los médicos, remontándonos á su origen.

Busquemos en todas las partes del organismo social, en la familia y en las naciones, en la cabaña y el palacio, todas las causas é influencias visibles ú ocultas que excitan, mantienen y desarrollan el egoísmo; y una vez conocidas las causas, el remedio se presentará por sí mismo.

No debemos tratar de combatir las todas á la vez, sino parcialmente y así poco á poco, extirparemos ese veneno, pues aunque la curación sea difícil, por ser muy numerosas las causas que lo producen, no es imposible ni mucho menos.

Pero no conseguiremos nuestro propósito si no cortamos el mal de raíz por medio de una acertada educación.

La educación bien entendida es la clave de todo progreso moral y cuando se conozca el arte de manejar y desarrollar los caracteres como se sabe el de manejar las inteligencias, se podrán moldear aquéllos del mismo modo que hoy se enderezan los arbustos. Pero este arte de educar la voluntad requiere mucho tacto, mucha experiencia y una profunda observación, siendo un gran error creer que basta tener muchos conocimientos teóricos para ejercerlo con provecho.

Si el cultivo esmerado de la inteligencia obra tantos prodigios en los hombres sometidos á su disciplina, por torpes y obtusos que ellos sean, ¿qué no conseguiremos con los caracteres sin pulir de tanto desgraciado mortal como nada hoy día en el mar de los vicios y de las pasiones desbordadas?

Hagamos con la moralidad el mismo trabajo que con la inteligencia y notaremos que, si bien hay naturalezas verdaderamente réfractarias á dicha educación de la voluntad, hay muchas más de las que se creen que no esperan más que una buena cultura para dar buenos frutos.

El hombre, obedeciendo un innato sentimiento, quiere ser feliz y para ello trabaja sin cesar por mejorar su condición en la tierra, buscando la causa de sus males para aplicarles el más eficaz remedio. Cuando comprenda que el egoísmo es uno de los peores, puesto que engendra el orgullo, la ambición, la envidia, el odio, los celos y otras muchas innobles pasiones que le perjudican constantemente; cuando vea que ese inmoderado amor de sí mismo perturba todas las relaciones sociales, provoca las disensiones y destruye la confianza, obligándole á estar siempre á la defensiva contra un vecino, en una horrorosa lucha por la vida, entonces comprenderá también que ese vicio es incompatible con su propia

felicidad y hasta con su misma seguridad.

No nos asuste el hecho de que este egoísmo aumente con las modernas civilizaciones de los pueblos sostenidos con la fuerza de las armas homicidas, pues cuanto más sufra el hombre á consecuencia de ese vicio, tanto más sentirá la necesidad de combatirlo como combate hoy la peste, los animales nocivos y las demás calamidades; viéndose obligado á esta lucha por su propio interés y atento á su tranquilidad.

El egoísmo irá disminuyendo paulatinamente por medio del predominio de la vida moral sobre la puramente material; y sobre todo, con el conocimiento tan claro que nos proporciona el Espiritismo acerca de la vida futura que es la más real y definitiva. Bien comprendida esta hermosa doctrina, se irá introduciendo su práctica en las costumbres, transformando los hábitos, los usos y las relaciones sociales.

El egoísmo se funda en la importancia excesiva que damos á nuestra personalidad y como los espiritistas miramos las cosas desde un punto de vista bastante elevado, por eso debemos achicar nuestro propio ser ante el poder de Dios y la grandiosidad de su Creación, desconocida para nosotros.

Nuestro egoísmo origina todos los vicios, como la caridad es causa de todas las virtudes.

Destruir el uno y fomentar la otra:

Tal debe ser el objeto de todos los esfuerzos del hombre, si quiere asegurar su verdadera dicha, tanto en la tierra como en el porvenir que á todos nos espera.

FUNDAMENTOS DEL ESPIRITISMO

Existencia de Dios.—Infinidad de mundos habitados.—Preexistencia y persistencia eterna del espíritu.—Demostración experimental de la supervivencia del alma por la comunicación mediánica con los espíritus.—Infinidad de fases en la vida permanente de cada ser.—Recompensas y penas como consecuencia natural de los actos.—Progreso infinito.—Comunión universal de los seres.—Solidaridad.
